

SOBRE (Y CONTRA) EL ROMANTICISMO ECONÓMICO

JESÚS RODRÍGUEZ ROJO

La tentación por regresar al pasado en tiempos de incertidumbre y retroceso de derechos es grande. El descontento puede mostrarse como añoranza, y esta asume formas políticas concretas, muchas de las cuales tienen una importante acogida no solo en la «derecha», también en la «izquierda» y particularmente en aquella considerada como radical. En este documento trataremos de explicar, en primer lugar, y de forma extraordinariamente breve, la relación que existe entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la construcción de algo a lo que podamos llamar socialista para, en segundo lugar, revisar crítica y someramente varias de estas propuestas.

166. Marx, K. y Engels, F.; *La ideología alemana*, 2014, Akal Ed., Madrid, p. 28.

1. LA FORMA CAPITALISTA DEL DESARROLLO DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS Y SUS POTENCIAS

El ser humano tiene una capacidad inequívocamente sobresaliente para apropiarse de su entorno. Más que ningún otro animal, ha demostrado ser capaz de planificar el proceso a través del cual satisface sus propias necesidades. Estas facultades se han ido agudizando con el paso del tiempo gracias a la naturaleza gregaria de los hombres y mujeres; sin embargo, existe un amplio consenso en que ha sido en los últimos cientos de años cuando se ha disparado abruptamente su capacidad para influir en el medio en que vive. Mientras que para practicar la agricultura la humanidad requirió de una decena de miles de años, el salto de la producción campesina, casi de subsistencia, a las plantaciones asistidas por todo tipo de herramientas que multiplican la productividad ha tenido lugar en apenas unas décadas. Lo mismo, o muy similar, podría decirse de tantos y tantos otros ámbitos de la producción material. Raro es el sector económico que no ha experimentado una revolución que transforme radicalmente los métodos y resultados de la aplicación del esfuerzo humano sobre la naturaleza.

Aunque podría pensarse entonces que la raza humana está pasando por su época dorada (hay quien habla del «antropoceno»), si prestamos atención al desarrollo concreto de sus potencialidades, veremos que no es ella la que está pilotando esta transformación. Nosotras, las personas, no somos más que pasajeros en un frenético viaje cuya trayectoria no podemos alterar. Tempranamente Marx ya advertía que, a los productores, su fuerza se les muestra «como un poder ajeno, situado al margen de ellos, que no saben de dónde procede ni a dónde se dirige y que, por tanto, no pueden ya dominar»¹⁶⁶. Lo peculiar de la etapa histórica en la que nos encontramos es que no son los hombres los que comandan la producción social a través de vínculos de dependencia personal (como pudieran ser la esclavitud o el vasallaje), sino que tal tarea ha sido delegada en las mercancías. Trocamos la servidumbre

hacia las personas por la subordinación a los objetos. Hemos cedido la capacidad de dirigir nuestras propias capacidades a una lógica muy peculiar, la del capital. Una dinámica social enajenada del albedrío de sus presuntos protagonistas que únicamente responde inmediatamente a un estímulo, el de la valorización, toma las riendas del destino de la humanidad. Es en la desenfrenada carrera por generar valor que se justifica y promueve con vigor el despliegue productivo.

El capital social requiere incrementar la tasa de explotación de sus obreros para así concentrarse en mayor grado. Para conseguirlo puede o bien aumentar la jornada de trabajo, lo que lleva aparejada una lógica resistencia por parte de la clase obrera, o bien reducir el valor de los medios de consumo de los trabajadores. De cara a implementar esta segunda —y más atractiva— vía, debe acrecentar incesantemente la capacidad productiva del trabajo en las ramas que los producen. Este proceso, al que llamamos producción de plusvalía relativa, hoy tiene lugar movido por la competencia generalizada que involucra al conjunto de capitales individuales en una marejada en la que, para mantenerse a flote, deben aplicar diferentes formas para incrementar la productividad de su plantilla. Cada capital debe, por mor de su propia supervivencia, llevar a cabo una frenética revolución de las condiciones de trabajo, que comienza por la coordinación, más tarde pasa por la división manufacturera del trabajo y, finalmente, desemboca en el empleo de la maquinaria. Cada paso en este sentido redundará en una mejora de las pautas generales para la consecución de plusvalía abaratando el precio de los bienes que abastecen a los obreros. Esta es la forma en que se desarrollan las fuerzas productivas bajo el imperio del capital: no se procura la optimización de la apropiación de la naturaleza más que para conseguir plusvalía.

Siendo esta la razón que mueve el metabolismo social, es de esperar que lo que podría ser motivo de regocijo general para la humanidad se muestre en ocasiones como un verdadero tormento. La revolución de las condiciones productivas

167. El conflicto, y en particular el conflicto político protagonizado por la clase obrera, es la forma en que se despliegan las más progresistas potencialidades del modo de producción capitalista. Para ejemplificarlo no tenemos más que mencionar que un desarrollo suficiente de las fuerzas productivas no puede dejar de pasar por el agotamiento histórico del papel de la clase capitalista. Ella acaba siendo un lastre parasitario para el avance de la acumulación de capital, no solo por no poder aportar nada al desarrollo técnico-científico, también por mantener fragmentada la titularidad sobre el capital social mediante la propiedad privada de carácter personal. Obviamente, el capital no tiene otro medio que la lucha de clases para extirparse este colectivo, para centralizarse absolutamente.

segrega, al menos por ahora, a los obreros entre quienes tienen la capacidad de planificar y dirigir la línea de producción, quienes son meros apéndices de los utensilios que utilizan y quienes solo están de más en el proceso productivo, colocándolos como desempleados. A la vez que deposita sus más progresivas potencialidades en una parte de la clase obrera, el capital martiriza —o aniquila— grandes contingentes de obreros relegados a la condición de población sobrante. Esta contradicción que porta consigo no niega el desarrollo de las fuerzas productivas; todo lo contrario, es la forma concreta en que este tiene lugar. Lo que se refleja en la clase obrera no es otra cosa que la contradicción fundamental del modo de producción capitalista, aquella que puede acabar por superarlo.

Solo el propio desarrollo capitalista es capaz de llevarlo hasta sus límites históricos. Producir plusvalía es el acicate que lleva al sujeto rector de nuestra vida a degradar progresivamente las premisas de su existencia. Esto ocurre a partir de la lucha de clases, dado que es ella la única fuerza capaz de centralizar el capital a nivel mundial en manos de su forma política, el Estado. Así se erradicaría la rémora burguesa al tiempo que se instituye una república democrática desarrollada en su plenitud, en la que la ciudadanía no tiene ya ámbitos vetados a su participación política a causa del imperio de la propiedad privada¹⁶⁷.

De esta forma se potencia la producción reuniendo al conjunto del proletariado bajo una única dirección, en una sola entidad. Sobre esta nueva base, el capital sigue viéndose forzado, a través de la presión que ejerce la clase obrera mediante su pugna política por el valor de su fuerza de trabajo (tratando de contener o reducir la jornada laboral), a mejorar la productividad con tal de engendrar plusvalía relativa. Ese proceso reclama combinar un espectacular despliegue de la conciencia técnico-científica del obrero con una paulatina —aunque no lineal— universalización de sus atributos productivos, que contrarreste la mentada diferenciación de la fuerza

de trabajo cerrando las brechas los órganos del obrero colectivo. La conjugación de ambas dinámicas lleva a los productores a apropiarse progresivamente de un control consciente sobre el proceso de producción social global. Por su parte, el capital se ve obligado a irlo cediendo con tal de optimizar sus propias condiciones de acumulación. El desarrollo de las fuerzas productivas, resultado de la acción de la clase obrera en el modo de producción capitalista, acabará por emanciparse de las manos del capital y por recaer en la humanidad, ya carente de yugos, realmente libre¹⁶⁸.

Con este premuroso recorrido nos bastará para proseguir hacia el contenido específico de este trabajo, la forma en que se representa este desarrollo tecnológico en la conciencia política de algunos sectores del proletariado a través de sus formulaciones teóricas.

2. LA NEGACIÓN DEL CAPITAL VISTA A TRAVÉS EL RETROVISOR: ROMANTICISMO CRÍTICO Y ATAVISMO POLÍTICO

Aunque los movimientos revolucionarios tradicionalmente habían sido nítidamente progresistas, hoy quienes mantienen en alto las banderas del desarrollo más o menos lineal hacia una sociedad mejor son francamente marginales. Lo son en tanto que quedan alejados del sentido común de la «izquierda transformadora», para quien ha quedado demostrado que el optimismo histórico no tiene ya base empírica. De facto la mayor parte de los movimientos políticos ubicados en posiciones «críticas» se muestran en extremo escépticos ante la idea de progreso, a la que ven, acompañando a un clásico moderno como Bury¹⁶⁹, como un peligroso dogma y mantra de la sociedad moderna. Principios como la racionalidad, especialmente económica, o la eficiencia serían coartadas ideológicas para arrasar con formas de ver el mundo contrarias a un productivismo capitalista dispuesto a devorarlo todo. La naturaleza y una ingente cantidad de seres humanos serían

168. Un desarrollo más detallado en una línea similar a la propuesta puede verse en: Carrera, J. I.; *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, 2013, Imago Mundi, Buenos Aires, cap. 1; Starosta, G.; *Marx's Capital. Method and Revolutionary Subjectivity*, 2015, Haymarket, Chicago, cap. 8; Starosta, G. y Caligaris, G.; *Trabajo, valor y capital. De la crítica marxiana de la economía política al capitalismo contemporáneo*, 2017, Universidad de Quilmes, cap. 6; y, sobre todo, en: Rodríguez Rojo, J.; *Las tareas pendientes de la clase trabajadora. Género, ciudadanía y socialismo*, 2021, El viejo topo, Barcelona, cap.1.

169. Bury, J.; *La idea de progreso*, 1971, Alianza Ed., Madrid.

170. Benjamin, W.; *Iluminaciones*, 2018, Taurus, Madrid, p. 313.

171. *Ibid.*, op. cit., p. 317.

los principales damnificados por esta desmedida voracidad impulsada en primera instancia desde occidente, pero que ya estaría imperando en todo el orbe.

2.1. UN MARXISMO NO PROGRESISTA. EL ECOSOCIALISMO

Reclamándose herederos o al menos simpatizantes de la obra de Marx, ciertos intelectuales han optado por buscar en ella elementos que ofrezcan formas de criticar el progresismo histórico. De entre los valedores de esta postura, pocos serían más insignes que W. Benjamin, quien protestó enfáticamente contra la defensa dogmática del progreso por parte de la socialdemocracia europea. «Nada ha corrompido más a los obreros alemanes que la opinión de que estaban nadando con la corriente», decía¹⁷⁰. Sus famosas *Tesis sobre el concepto de historia* ofrecen aún hoy toda una declaración de principios sobre la necesidad de combatir el curso de la historia, de erigirse como luchadores «en favor del pasado oprimido»¹⁷¹. Tras él ha venido todo un amplio elenco de románticos que, lejos de aspirar a culminar la revolución que lleva adelante el capital, están dispuestos a detenerla, de una vez y para siempre, cuando no a revertirla. Aunque el contenido, como veremos, varía, se estableció un marco común a muchas propuestas que se desprendieron de las expectativas asociadas al desarrollo de las fuerzas productivas.

Personajes tan influyentes, simbólicos y distantes entre sí como Castoriadis o el propio Marcuse se adhirieron a esta corriente. Dirigiendo la mirada a las máquinas empleadas en las grandes ciudades, el primero aseguraba que «no tienen en sí misma ninguna validez suprahistórica, son el producto de una selección dos veces secular, en parte «espontánea», en parte consciente, que está orientada a subordinar el trabajo en su realidad cotidiana concreta al dominio del capital»; la «sujeción del trabajador» y el «carácter absurdo de su trabajo» no pueden sino desprenderse «inevitablemente de la propia naturaleza de esas máquinas»¹⁷². En la misma estela, Marcuse sentenció que la «tecnología como tal no puede ser separada

del empleo que se hace de ella; la sociedad tecnológica es un sistema de dominación que opera ya en el concepto y la construcción de las técnicas»¹⁷³.

Estas contribuciones parten de una revisión de, cuando no ruptura con, aquella forma de conocimiento marxiana que separa la forma del contenido. Si las técnicas o ciencias son engendros represivos lo son en su condición de capital, nunca al margen de ella. De ahí aquella cita harto conocida que reza que una «máquina de hilar algodón es una máquina para hilar algodón. Sólo en determinadas condiciones se convierte en capital»¹⁷⁴. En efecto, como le recuerda Mattick a Marcuse en su crítica, «ni la ciencia ni la tecnología constituyen un sistema de dominio; la dominación del trabajo por el capital es lo que [...] convierte la ciencia y la tecnología en procedimientos de explotación y dominio de clase»¹⁷⁵. Es el capital, diríamos nosotros, el que da la pauta del desarrollo de nuevas tecnologías motivado, repetimos una vez más, por la sed de plusvalía. Únicamente quedándonos en la apariencia inmediata podríamos ver en la «naturaleza» de la máquina la impronta de la opresión.

No todos los marxistas llegaron tan lejos en la identificación del desarrollo con el horizonte o culminación de la barbarie capitalista. Resulta de mucho interés la corriente que ha venido a denominarse como «ecosocialista». Desde esa posición se rescatan algunos fragmentos de la obra de Marx para usarlos como inspiración a la hora de pensar una crítica del capitalismo que recoja el aspecto ecológico. Riechmann, por ejemplo, uno de los más célebres defensores de esta corriente en España, trae a colación una célebre cita de *La ideología alemana* en la que se contempla la posibilidad de que las «fuerzas productivas» se tornen «fuerzas destructivas»¹⁷⁶. Pero hablando del contexto español no podemos dejar escapar la oportunidad de mencionar al precursor local de estas posturas, M. Sacristán, quien ya había sintetizado esta fórmula al hablar del desarrollo de las «fuerzas productivas-destructivas» como contrapunto a la visión determinista hegeliana que confiaba

173. Castoriadis, C.; "Concepciones y programa de «socialisme ou barbarie»", en: Pedrol, X. (ed.); *Escritos políticos*, 2005, Catarata, Madrid, p. 48.

174. Marcuse, H.; *El hombre unidimensional*, 1971, Seix Barral, Barcelona, p. 26.

175. Marx, K.; *Trabajo asalariado y capital*, 1998, DeBarris, Barcelona, p. 49.

176. Mattick, P.; *Crítica de Marcuse. El hombre unidimensional en la sociedad de clases*, 1974, Grijalbo, Barcelona, p. 23.

177. Riechmann, J.; "Ecosocialismo descalzo en el Siglo de la Gran Prueba", *Viento sur* 150, 2017. p. 50.

177. Sacristán, M.; *Pacifismo, ecologismo y política alternativa*, 2009, Público, La catarata, Barcelona, 2009.

178. Löwy, M.; "Marx, Engels y el romanticismo", en: Kohan, N. (ed.); *El capital. Historia y método*, 2004, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, p. 422.

ciegamente en la fatalidad del curso de la historia¹⁷⁷. No se puede depositar nuestra esperanza en la máxima de que la historia avanza por su costado negativo, de hacerlo nos quedaríamos expectantes e incluso aguardaríamos impacientes las tragedias venideras. Para superar esta misma visión, uno de los más, sino el más, reconocido ecosocialista, Löwy afirma:

«tenemos que ver el carácter contradictorio del progreso, y los elementos de regresión que están en el seno del llamado «progreso». Es decir, necesitamos una visión dialéctica del progreso. [...] En el] proceso histórico, los avances, por un lado son, o pueden ser, al mismo tiempo, dialécticamente, regresiones. [...] Eso] pasa en el capitalismo. El capitalismo ha desarrollado las fuerzas productivas en una escala sin precedentes, ha aportado un progreso científico, técnico, económico, etc., sin precedentes, pero al mismo tiempo, desde el punto de vista social fue regresivo»¹⁷⁸.

Sin duda, estos autores dan en la clave del fenómeno cuando se refieren al carácter «contradictorio» del proceso. El riesgo de esta aproximación reside en la posibilidad de convertir la dialéctica en lo que hizo de ella Proudhon: un proceder consistente en escindir cada fenómeno social en dos facetas, el «lado bueno» y el «lado malo», de tal manera que nuestro problema quedara reducido a cómo conservar lo positivo suprimiendo a su vez lo negativo¹⁷⁹. De esta manera se pierde de vista la unidad del movimiento. El capital no trae cosas positivas acompañadas de cosas negativas, esa es una manera, a nuestro entender, torpe de ver el despliegue de la acumulación. Más bien podría decirse que su forma de traer algo «bueno» es a través del desarrollo de lo «malo». La bipartición del proceso en ambas «facetas» puede enturbiar el hecho de que ambos responden por igual a la forma en que el capital encara y responde a sus necesidades.

Nada de eso disuelve, sin embargo, el potencial político de la propuesta ecosocialista. En pleno siglo XXI la lucha por la preservación de las condiciones climáticas y la conservación de los ecosistemas representa una de las formas más contun-

dentes de protesta social. Tal y como lo vemos, este tipo de reyertas, sin ser estériles, se mantienen muy encorsetadas si no portan consigo la posibilidad de aumentar la capacidad de la clase obrera de gestionar directamente la producción capitalista. Sin un mayor grado de planificación, la emergencia climática, como se ha venido a llamar, resulta inafrontable. Por ello, la superación del capital y la respuesta a la crisis ecológica discurren por un mismo camino, el de la lucha de la clase obrera por hacerse con el control del proceso de trabajo social. En principio, la forma en que tiene lugar este avance no puede ser otra que la extensión de la acción del Estado sobre la —pareciera— sacrosanta autonomía y libertad de los capitales individuales. Orientado por esa vía, la de la aproximación gradual (tal vez nimia) a la centralización del capital en manos del Estado, el ecosocialismo da cuenta de una veta de la acción revolucionaria del proletariado.

179. Marx, K.; *Miseria de la filosofía*, 1973, Aguilar, Madrid, p. 163.

180. Illich, I.; *La convivialidad*, 1978, Barral, Barcelona, p. 26.

2.2. EL CAPITAL Y SUS ENEMIGOS EXTERNOS: ESENCIA Y APARIENCIA DEL ANTICAPITALISMO ROMÁNTICO

Lejos ya de la tradición socialista, enmarcados en el entorno político del anarquismo tradicional, surgieron discursos que tenían mucho que objetar a las ya dañadas narrativas del progreso histórico. Un ejemplo de ello es el teórico austriaco Iván Illich. En uno de sus ensayos clamando contra el «productivismo» industrial, analiza los utensilios que emplean los seres humanos en sus procesos de reproducción y lo hace abogando por unas «herramientas justas», que no degraden la «autonomía personal», que no produzcan amos o esclavos, y que expandan la «ratio de acción personal»¹⁸⁰. El ser humano, asegura Illich, «necesita de una herramienta con la cual trabajar, y no de instrumentos que trabajen en su lugar. Necesita una tecnología que saque el mejor partido de la energía y de la imaginación personales, no una tecnología que lo avasalle y programe»¹⁸¹. Su propuesta, ubicada bajo el rótulo de «convivialidad», es definida como el «reencontrar nuevamente la dimensión personal y comunitaria»; «el paso de la repe-

181. Ibidem.

182. Ibid., op. cit., p. 26-27.

183. Ibid., op. cit., p. 49.

184. Véase: Zerzan, J.; *Futuro primitivo y otros ensayos*, 2001, Numa, Valencia.

185. Mauss, M.; *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*, 2007, Katz, Madrid.

186. Polanyi, K.; *La gran transformación*, 2016, Virus, Barcelona, p. 280.

187. Curiosamente, Durkheim (en: *La división del trabajo social*, 2 vols., 1985, Planeta-Agostini, Barcelona) usaba el adjetivo «orgánico» de manera casi opuesta, para referirse a las sociedades organizadas a partir de la división del trabajo que propicia el mercado.

tición de la falta a la espontaneidad del don»; como la «acción de personas que participan en la creación de la vida social»¹⁸². Merece la pena que nos detengamos en estos asertos para analizarlos como merecen, pues consiguen sintetizar en muy pocas palabras una serie de ideas de amplio impacto.

Es llamativo que la añorada convivialidad se «reencuentre nuevamente». No se trata de buscar un futuro post-capitalista, sino, pareciera, de volver a un pasado cuyas bondades se habrían perdido. ¿Qué pasado? Pues aquel en el que «el hombre sabía poner a su servicio ciertas fuerzas naturales» para conseguir sus objetivos¹⁸³. ¿Ejemplos? La construcción de Teotihuacán, la cúpula de San Pedro o los canales de Angkor; obras que requirieron del desfallecimiento de centenares de personas a veces durante generaciones. De esta excentricidad podemos llegar al delirio de quienes encuentran seductora la vida en condiciones primitivas¹⁸⁴. Pero ¿qué consideran tan atractivo en las sociedades pasadas que les llevan a dejar en un segundo plano hechos como la baja esperanza de vida o lo despótico de sus regímenes? ¿Qué tamañas virtudes se reclaman frente a la impersonalidad de la producción industrial?

Respondiendo de forma concisa diríamos que aquellas que emanan de los lazos de dependencia personal. Propone reemplazar el metabolismo social capitalista por otro basado en el carácter personal de la organización del trabajo social. Así lo hace Illich explícitamente al abogar por la «espontaneidad del don» —término que entendemos siguiendo a un clásico como Mauss¹⁸⁵—; y así lo hacen en su línea otros muchos autores de gran influencia en la izquierda política. Polanyi¹⁸⁶, un economista hoy muy reclamado en toda clase de círculos intelectuales comprometidos, ya en su día alzaba su voz contra la forma en que el «mercado» liquidaba las «instituciones» de eso a lo que él llamaba «sociedad orgánica»¹⁸⁷. En el mismo área de conocimiento, otro influyente pensador como Schumacher¹⁸⁸ exaltó con ímpetu las relaciones de proximidad y personales frente a las de carácter universal. Retomando explícitamente el legado de estos autores se alza la propuesta

del «decrecimiento», que condensa mucho de lo dicho repudiando a la vez el productivismo, el desbocado desarrollo tecnológico, la ideología del progreso y, en su lugar, abrazando «una expansión de las relaciones sociales de convivencia en un marco de frugalidad, sobriedad, simplicidad voluntaria y austeridad en el consumo material»¹⁸⁹.

Evidentemente, no todos los autores y corrientes mencionados comulgan en sus postulados. Sin embargo, todos tienen algo en común: buscan enfrentar al capital desde su exterior. Al menos, desde lo que se encuentra presuntamente fuera de él, en este caso los vínculos de dependencia personal. Y decimos «presuntamente» porque este tipo de relaciones no siempre están efectivamente fuera del modo de producción capitalista. La defensa de los intercambios guiados por la cercanía personal que tiene lugar en el comercio local, que es la concreción política de gran parte de esta literatura, es la salvaguarda no de los «menos capitalistas», sino de los «peores capitalistas», que disfrazan de subversiva su incapacidad para desarrollar las fuerzas productivas.

Para que la restauración de los vínculos de dependencia personal tuviera un cariz «anticapitalista» debería aspirar a situarlos como patrón rector del conjunto del trabajo social, sustituyendo al capital. Esta es la esencia de la crítica romántica al capitalismo que Marx¹⁹⁰ o Lenin¹⁹¹ denunciaron: aspirar a regresar en el tiempo a un mundo más sencillo, más pequeño, menos abigarrado, que permita satisfacer ciertos anhelos que hoy quedan insatisfechos. Esos tiempos, dicho sea de paso, distan de ser paraísos terrenales perdidos. Vínculos personales como la esclavitud, el vasallaje o el parentesco han jugado un papel dominante a lo largo de la historia de la humanidad, periodo en el cual los hombres (menos aún las mujeres) carecían de la libertad para organizar siquiera su propio trabajo individual, no hablemos ya de participar en algo así como un metabolismo social general colectiva y conscientemente organizado. El capital barrió con eso, y difícilmente podemos pensar, al menos siguiendo a Marx, que tales relaciones vayan

188. Schumacher, E.; *Lo pequeño es hermoso*, 1983, Orbis, Barcelona, p. 67 y ss.

189. Taibo, C.; *En defensa del decrecimiento. Sobre capitalismo, crisis y barbarie*, 2010: Catarata, Madrid, p. 84; y Latouche, S.; *Sobrevivir al desarrollo*, 2007, Icaria, Barcelona.

190. Marx, K.; *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, vol. 1., 1971, Siglo XXI, Madrid, p. 89-90.

191. Lenin, V.I.; «Caracterización del romanticismo económico», en: Lenin, V.I.; *Obras completas*, vol. II 1977, Akal Ed., Madrid, p. 140.

192. Marx, K.; Elementos fundamentales..., *ibid.*, op. cit., p. 85.

193. No en vano un autor tan lúcido como R. Rosdolsky afirmaba que «las condiciones materiales de producción que hacen posible e incluso necesario el paso a una sociedad sin clases» han de buscarse en el análisis marxista del maquinismo» (Rosdolsky, R.; "El límite histórico de la ley del valor", en: *Crítica de la economía política 1*, 1976, Fontamara, Barcelona, p. 30). Tampoco a Lukács, fiero opositor a la crítica romántica y retrógrada, se le pasó desapercibida la importancia de la maquinaria en el proceso de «desantropomorfización» (Lukács, G.; «Tecnología y relaciones sociales», en: Bujarin, N. I.; *Teoría del materialismo histórico*, 1974, Siglo XXI, Madrid, p. 41-52). En ese movimiento, nos dirá, «lo esencial es que el proceso del trabajo va liberándose progresivamente de las disposiciones, etc., subjetivas de los trabajadores y ordenándose según los principios y necesidades de un En-sí objetivo» (*ibid.*, op. cit., p. 20).

194. Marx, K.; *El capital. Tomo I*, 1973, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, p. 438.

a volver con una redoblada fuerza para imponerse a la forma mercantil de relacionarnos. Si algo puede superar al capital, será aquello que su propio movimiento trae consigo:

«Las relaciones de dependencia personal [...] son las primeras fuerzas sociales, en las que la productividad humana se desarrolla solamente en un ámbito restringido y en lugares aislados. La independencia personal fundada en la dependencia respecto a las cosas es la segunda forma importante en la que llega a constituirse un sistema de metabolismo social generalizado, un sistema de relaciones universales, de necesidades universales y de capacidades universales. La libre individualidad, fundada en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de su productividad colectiva, social, como patrimonio social, constituye el tercer estadio. El segundo crea las condiciones del tercero»¹⁹².

Esas «condiciones» son justamente a las que nos hemos referido anteriormente, cuando mencionamos el desarrollo de la conciencia técnica de la clase obrera. Por supuesto, esto confronta radicalmente con la perspectiva de Illich —y tantos otros...—, pues eso que él ve como indeseable e incluso abyecto, a saber, que la herramienta trabaje en lugar del ser humano o que « programe » su actividad, es parte indispensable del proceso que puede acabar por emancipar a la humanidad del yugo del capital¹⁹³. Al ir encomendando la producción directa a la maquinaria, al desprenderse del trabajo especializado de la antigua manufactura, el capital sustituye poco a poco al «individuo parcial, simple instrumento de una función social de detalle, por el individuo desarrollado en su totalidad, para quien las diversas funciones sociales no son más que otras tantas manifestaciones de actividad que se turnan»¹⁹⁴. Repudiar lo que significa la maquinaria, podríamos llegar a decir, implica abrazar la enajenación capitalista —a veces de manera especialmente efusiva a través del encomio velado al pequeño capital—. Esto será así al menos mientras no se concrete un proyecto tan, creemos, utópico como establecer un nuevo modo de producción organizado a través de la dependencia personal del que no tenemos más noticias que las que sus paladines nos brindan a través de vagas insinuaciones.